

Prólogo

Londres, bien entrada la noche. Primavera de 1821

En el piquet tienen ventaja los que gozan de buena memoria —dijo el conde de Chatteris a nadie en particular.

Lord Hugh Prentice no lo oyó; se encontraba demasiado lejos, sentado a la mesa que había junto a la ventana y, lo más importante, estaba un poco borracho. Sin embargo, si Hugh hubiera oído el comentario de Chatteris, y si no hubiera estado ebrio, habría pensado: *Por eso juego al piquet.*

No lo habría dicho en voz alta. Hugh no era de los que hablaban sólo para que su voz se escuchara. Aunque lo habría pensado. Y su expresión habría cambiado. Le habría temblado la comisura de los labios y habría arqueado la ceja derecha. Habría sido un movimiento casi imperceptible, pero suficiente para que un buen observador pensara que era un engreído.

No obstante, la verdad era que la sociedad londinense carecía de buenos observadores.

A excepción de Hugh.

Él se daba cuenta de todo. Y también lo recordaba todo. Si así lo deseaba, podía recitar *Romeo y Julieta* completo, palabra por palabra. Y *Hamlet*. *Julio César* no, pero solamente porque nunca había decidido leerlo.

Era un talento extraño que le había valido seis castigos por hacer trampas durante sus dos primeros meses en Eton. Pronto se dio cuenta de que su vida era infinitamente más fácil si fallaba a propósito una

pregunta o dos en sus exámenes. No le importaba que lo acusaran de hacer trampas (él sabía que no había copiado, y le traía sin cuidado lo que pensarán los demás), pero era una gran molestia que lo llevaran constantemente ante sus profesores y lo obligaran a permanecer de pie, repitiendo como un loro la información, hasta que se convencían de su inocencia.

Sin embargo, cuando su memoria le era realmente útil era con las cartas. Era el hijo pequeño del marqués de Ramsgate y sabía que no iba a heredar gran cosa. De los hijos pequeños se esperaba que se unieran al ejército, al clero o que engrosaran las filas de los cazafortunas. Ya que carecía del carácter adecuado para llevar a cabo cualquiera de esas actividades, había tenido que encontrar otra manera de mantenerse. Y jugar era muy fácil cuando uno tenía la habilidad de recordar todas las cartas que se habían jugado, y en orden, durante toda la tarde.

Lo que le había resultado difícil había sido encontrar caballeros dispuestos a jugar (la extraordinaria habilidad de Hugh con el piquet era legendaria), pero si los jóvenes estaban suficientemente borrachos, siempre lo intentaban. Todos querían ser el hombre que venció a Hugh Prentice a las cartas.

El problema era que, esa noche, Hugh también había bebido «suficiente». No era algo frecuente; nunca se había sentido cómodo con la pérdida de control que derivaba de una botella de vino. Pero había salido con amigos y habían terminado en una taberna donde las pintas de cerveza eran grandes, la multitud ruidosa y, las mujeres, extraordinariamente pechugonas.

Cuando llegaron a su club y sacaron una baraja de cartas, Daniel Smythe-Smith, que había accedido recientemente al título de conde de Winstead, estaba bien borracho. Les estaba ofreciendo unas vívidas descripciones de la joven con la que se acababa de revolcar, Charles Dunwoody juraba que iba a volver a la taberna para mejorar la actuación de Daniel, e incluso Marcus Holroyd (el joven conde de Chatteris, que siempre había sido algo más serio que los demás) se estaba riendo tanto que casi volcó la silla.

Hugh había preferido su cantinera a la de Daniel (un poco menos rolliza; un poco más ágil) y se limitó a sonreír cuando lo presionaron

para que les contara los detalles. La recordaba centímetro a centímetro, por supuesto, pero él nunca contaba esas cosas.

—¡Esta vez te voy a ganar, Prentice! —alardeó Daniel.

Se apoyó descuidadamente contra la mesa y cegó con su sonrisa característica a los demás. Siempre había sido el más encantador del grupo.

—Por el amor de Dios, Daniel —gimió Marcus—, otra vez no.

—No, no, puedo hacerlo. —Daniel meneó un dedo en el aire y se rió cuando el movimiento le hizo perder el equilibrio—. Esta vez lo puedo conseguir.

—¡Puede hacerlo! —exclamó Charles Dunwoody—. ¡Sé que puede!

Ninguno se molestó en hacer un comentario. Incluso sobrio, el joven parecía saber muchas cosas que eran falsas.

—No, no, puedo hacerlo —insistió Daniel—. Porque tú —señaló a Hugh con el dedo— has bebido mucho.

—No tanto como tú —comentó Marcus, y le dio un ataque de hipo al decirlo.

—He estado contando —afirmó Daniel con aire triunfal—. Él ha bebido más.

—Yo he sido el que más ha bebido —se jactó Dunwoody.

—Entonces, deberías jugar —sugirió Daniel.

Comenzaron el juego, les sirvieron vino y todos se lo estaban pasando muy bien hasta que...

Daniel ganó.

Hugh parpadeó, mirando asombrado las cartas que había sobre la mesa.

—He ganado —dijo Daniel, sorprendido—. ¿Os lo podéis creer?

Hugh repasó mentalmente la baraja, ignorando el hecho de que algunas cartas estaban inusualmente borrosas.

—He ganado —repitió Daniel, dirigiéndose en esa ocasión a Marcus, su mejor amigo.

—No —objetó Hugh, casi para sí mismo.

No era posible. Simplemente, no era posible. Él nunca perdía a las cartas. Por las noches, cuando estaba intentando dormir, cuando intentaba no escuchar, su mente reproducía todas las cartas que había jugado durante el día. Durante la semana, incluso.

—No estoy seguro de cómo lo he hecho —reconoció Daniel—. Primero fue el rey, pero luego salió el siete y yo...

—Ha sido el as —lo interrumpió Hugh, que se sentía incapaz de seguir escuchando esa idiotez.

—Hum. —Daniel parpadeó—. Puede ser.

—¡Dios! —gritó Hugh—. Que alguien lo haga callar.

Necesitaba tranquilidad. Tenía que concentrarse y recordar las cartas. Si era capaz de hacerlo, todo aquello desaparecería. Era como la vez que había regresado tarde a casa con Freddie, y su padre los había estado esperando con...

No, no, no. Era diferente. Aquello eran cartas. Piquet. Él nunca perdía. Era lo único en lo que podía confiar.

Dunwoody se rascó la cabeza, miró las cartas y empezó a decir:

—Creo que él...

—¡Winstead, maldito tramposo! —gritó Hugh.

Las palabras salieron de su boca casi sin quererlo. No sabía de dónde procedían ni qué le había motivado a pronunciarlas, pero una vez fuera, llenaron el aire y quedaron chisporroteando violentamente sobre la mesa.

Hugh empezó a temblar.

—No —dijo Daniel.

Sólo eso. Solo «no», con una mano temblorosa y una expresión confusa. Desconcertada, como...

Pero Hugh no pensaba en eso. No podía pensar en eso, así que se puso en pie tambaleándose y volcó la mesa mientras se aferraba a lo único que sabía que era verdad: que él nunca perdía a las cartas.

—No he hecho trampas —se defendió Daniel, parpadeando rápidamente. Se volvió hacia Marcus—. Yo no hago trampas.

Pero tenía que haber hecho trampas. Hugh volvió a repasar mentalmente las cartas, ignorando el hecho de que la jota de tréboles empuñaba un garrote, y estaba buscando el diez, que estaba bebiendo vino de un vaso como el que se había hecho añicos a sus pies...

Hugh empezó a chillar. No tenía ni idea de lo que estaba diciendo, sólo sabía que Daniel había hecho trampas, y la reina de corazones se había tropezado, y cuarenta y dos por trescientos seis siempre era doce mil ochocientos cincuenta y dos. No sabía qué tenía eso que ver

con lo demás, pero ahora había vino por todo el suelo, había cartas por todas partes y Daniel estaba ahí de pie, negando con la cabeza y diciendo:

—¿De qué está hablando?

—No podías haber tenido el as —siseó Hugh.

El as había venido después de la jota, que había seguido al diez...

—Pero lo tenía —insistió Daniel con un encogimiento de hombros. Y un eructo.

—No podías —replicó Hugh, trastabillando para recuperar el equilibrio—. Me sé todas las cartas de la baraja.

Daniel bajó la vista hacia las cartas. Hugh también lo hizo, a la reina de diamantes, de cuyo cuello goteaba madeira, como si fuera sangre.

—Extraordinario —murmuró Daniel. Miró a Hugh—. He ganado. Imagínate.

¿Se estaba burlando de él? ¿Acaso Daniel Smythe-Smith, el venerable conde de Winstead, se estaba burlando de él?

—Exijo satisfacción —gruñó Hugh.

Daniel levantó la cabeza, sorprendido.

—¿Qué?

—Elige a tus padrinos.

—¿Me estás retando a un duelo? —Daniel se volvió con incredulidad hacia Marcus—. Creo que me está retando a un duelo.

—Daniel, cállate —ordenó Marcus, que de repente parecía mucho más sobrio que los demás.

Pero Daniel le quitó importancia agitando la mano y dijo:

—Hugh, no seas necio.

Hugh no pensó. Embistió contra él. Daniel saltó a un lado, pero no fue lo suficientemente rápido y los dos hombres cayeron al suelo. Una de las patas de la mesa se le clavó a Hugh en la cadera, pero apenas lo notó. Golpeó a Daniel (una, dos, tres, cuatro veces) hasta que dos pares de manos tiraron de él para separarlos, aunque apenas pudieron contenerlo mientras escupía:

—Eres un maldito tramposo.

Porque él lo sabía. Y Winstead se había burlado de él.

—Eres un idiota —repuso Daniel, limpiándose la sangre de la cara.

—Obtendré satisfacción.

—Claro que no —siseó Daniel—. *Yo* obtendré satisfacción.

—¿En la explanada de hierba? —preguntó Hugh con frialdad.

—Al alba.

Se hizo un silencio sepulcral mientras todos esperaban a que alguno recuperara la sensatez.

Pero no lo hicieron. Por supuesto que no.

Hugh sonrió. No se le ocurría ninguna razón para sonreír, pero de todas maneras sintió que la sonrisa se le expandía por el rostro. Y cuando miró a Daniel Smythe-Smith, vio la cara de otro hombre.

—Que así sea.

—No tienes que hacer esto —dijo Charles Dunwoody, e hizo una mueca al terminar de inspeccionar el arma de Hugh.

Éste no se molestó en contestar. La cabeza le dolía demasiado.

—Quiero decir... te creo cuando dijiste que hizo trampas. Tuvo que ser así porque, bueno, eres tú, y tú siempre ganas. No sabes cómo lo consigues, pero lo haces.

Aunque Hugh apenas movió la cabeza, paseó la mirada lentamente por el rostro de Dunwoody. ¿Lo estaba acusando de hacer trampas?

—Creo que son las matemáticas —siguió diciendo Dunwoody, ajeno a la expresión sarcástica de Hugh—. Siempre has tenido una rara habilidad con ellas.

Qué agradable. Siempre era agradable que lo llamaran raro.

—... y sé que nunca copiaste en matemáticas. Dios sabe que te interrogamos mucho en el colegio. —Dunwoody levantó la mirada frunciendo el ceño—. ¿Cómo lo haces?

Hugh lo miró sin expresar sus emociones.

—¿Me lo estás preguntando *ahora*?

—Oh. No. No, por supuesto que no.

Dunwoody se aclaró la garganta y dio un paso atrás. Marcus Holroyd se dirigía a ellos, presumiblemente en un intento de detener el duelo. Hugh observó las botas del conde mientras éste pisaba la hierba húmeda. La zancada izquierda era más larga que la dere-

cha, aunque no mucho. Posiblemente tardaría quince pasos más en llegar a ellos, dieciséis si no se sentía con muchos ánimos de alcanzarlos.

Pero se trataba de Marcus. Se detuvo a los quince.

Marcus y Dunwoody intercambiaron las armas para inspeccionarlas. Hugh se mantenía cerca del cirujano, que no dejaba de dar información útil.

—Justo aquí —dijo éste, y se dio una palmada en el muslo—. Yo mismo lo he presenciado. La arteria femoral. Sangras como un cerdo.

Hugh no dijo nada. En realidad, no iba a disparar a Daniel. Había dispuesto de algunas horas para tranquilizarse y, aunque seguía furioso, no tenía ninguna razón para intentar matarlo.

—Pero si busca algo realmente doloroso —continuó el cirujano—, no puede fallar la mano o el pie. Ahí los huesos se rompen fácilmente, y hay un montón de nervios. Además, no lo matará. No será nada importante.

A Hugh se le daba bien ignorar a la gente, pero incluso él no pudo ser indiferente a eso.

—¿La mano no es importante?

El cirujano se pasó la lengua por los dientes y la chasqueó, probablemente para mover algún resto rancio de comida. Se encogió de hombros.

—No es el corazón.

Tenía razón, y eso le molestaba. Hugh odiaba que la gente irritante esgrimiera razonamientos válidos. Aun así, si ese cirujano tenía dos dedos de frente, cerraría el pico.

—Asegúrese de no apuntar a la cabeza —le aconsejó con un estremecimiento—. Nadie quiere eso. Y no me refiero sólo al pobre desgraciado que recibe la bala. Habrá sesos por todas partes, la cara se abre. El funeral será un horror.

—¿Éste es el médico que has elegido? —preguntó Marcus.

Hugh volvió la cabeza hacia Dunwoody.

—Él lo ha encontrado.

—Soy barbero —se defendió el cirujano.

Marcus sacudió la cabeza y volvió junto a Daniel.

— ¡Caballeros, a sus puestos!

Hugh no estaba seguro de quién había gritado la orden. Alguien que había descubierto lo del duelo y quería fanfarronear, seguro. No había muchas frases en Londres tan codiciadas como «Lo vi con mis propios ojos».

— ¡Apunten!

El aludido levantó el brazo y apuntó. Diez centímetros a la derecha del hombro de Daniel.

— ¡Uno!

Santo Dios, se había olvidado de la cuenta.

— ¡Dos!

Se le hizo un nudo en el estómago. La cuenta. El grito. Era la única ocasión en la que los números se convertían en el enemigo. La voz de su padre, que estaba ronco por el triunfo, y él intentando no escuchar.

— ¡Tres!

Hugh se encogió.

Y apretó el gatillo.

— ¡Aaaaayyy!

Hugh miró a Daniel, sorprendido.

— ¡Maldición, me has disparado! —gritó Daniel.

Se agarró el hombro. Su camisa blanca arrugada se estaba tiñendo de rojo.

— ¿Qué? —dijo Hugh para sí mismo—. No.

Había apuntado a un lado. No lejos del hombro, pero era un buen tirador, un tirador excelente.

— Oh, Jesús —murmuró el cirujano, y echó a correr por la explanada.

— Le has disparado —jadeó Dunwood—. ¿Por qué lo has hecho?

Hugh no tenía palabras. Daniel estaba herido, quizás de muerte, y lo había hecho él. Lo había hecho él. Nadie lo había obligado. Y en ese momento, mientras Daniel se aferraba el brazo ensangrentado, Hugh gritó al sentir que la pierna se le desgarraba.

¿Por qué había pensado que había oído el disparo antes de sentirlo? Sabía cómo funcionaba. Si sir Isaac Newton tenía razón, el sonido viajaba a una velocidad de doscientos noventa y ocho metros por se-

gundo. Él estaba a unos dieciocho metros de Daniel, lo que significaba que la bala tendría que haber viajado...

Pensó. Y pensó.

Y no pudo dar con la respuesta.

— ¡Hugh! ¡Hugh! —gritó Dunwoody, frenético—. Hugh, ¿estás bien?

El aludido levantó la mirada hacia el rostro borroso de Charles Dunwoody. Si estaba mirando hacia arriba, debía de estar en el suelo. Parpadeó, intentando volver a centrar la vista. ¿Seguía borracho? Había tomado una cantidad asombrosa de alcohol la noche anterior, tanto antes como después del altercado con Daniel.

No, no estaba borracho. Al menos, no mucho. Le habían disparado. O, por lo menos, pensaba que le habían disparado. Se sentía como si hubiera recibido una bala, pero en realidad no le dolía tanto. Aun así, eso explicaría por qué estaba en el suelo.

Tragó saliva e intentó respirar. ¿Por qué le costaba tanto respirar? ¿No le habían disparado en la pierna? Eso, si le habían disparado. Todavía no estaba seguro de que fuera eso lo que había ocurrido.

— Oh, santo Dios —exclamó otra voz.

Era Marcus Holroyd, con la respiración entrecortada. Su rostro tenía un tono ceniciento.

— ¡Apriétenlo! —ladró el cirujano—. Y vigilen ese hueso.

Hugh intentó hablar.

— Un torniquete —propuso alguien—. ¿No deberíamos hacer un torniquete?

— ¡Tráiganme mi maletín! —bramó el cirujano.

Hugh intentó hablar de nuevo.

— No malgastes fuerzas —dijo Marcus, y le agarró la mano.

— Pero ¡no te duermas! —añadió Dunwoody frenéticamente—. Mantén los ojos abiertos.

— El muslo —graznó Hugh.

— ¿Qué?

— Decidle al cirujano... —Hizo una pausa, jadeando en busca de aire—. El muslo. Sangrar como un cerdo.

— ¿De qué está hablando? —preguntó Marcus.

— Yo... yo...

Dunwoody estaba intentando decir algo, pero las palabras se le atascaban en la garganta.

—¿Qué? —quiso saber Marcus.

Hugh miró a Dunwoody. Parecía descompuesto.

—Creo que está bromeando —afirmó Dunwoody.

—Dios. —Marcus blasfemó y se volvió hacia Hugh con una expresión que a éste le costó interpretar—. Eres un estúpido... Una broma. ¡Estás bromeando!

—No llores —dijo Hugh, porque parecía que era eso lo que iba a hacer.

—Apretadlo más —ordenó alguien.

Hugh sintió que le tiraban de la pierna y que se la estrujaban con fuerza, y después advirtió Marcus:

—Será mejor que os apartéeeeeis...

Y eso fue todo.

Cuando Hugh abrió los ojos, estaba oscuro. Y se encontraba en la cama. ¿Había pasado un día entero? ¿O más? El duelo había sido al alba. El cielo aún seguía rosado.

—¿Hugh?

¿Freddie? ¿Qué estaba haciendo allí Freddie? No recordaba cuándo había sido la última vez que su hermano había puesto un pie en la casa de su padre. Hugh quería pronunciar su nombre, quería decirle lo feliz que estaba de verlo de nuevo, pero tenía la garganta increíblemente seca.

—No intentes hablar —le indicó Freddie.

Se inclinó hacia delante y su familiar cabeza rubia apareció a la luz de la vela. Siempre se habían parecido mucho, más que la mayoría de los hermanos. Freddie era un poco más bajo, un poco más delgado y un poco más rubio, pero tenían los mismos ojos verdes y el mismo rostro anguloso. Y la misma sonrisa.

Cuando sonreían.

—Deja que te dé un poco de agua —dijo Freddie.

Le puso con cuidado una cuchara a Hugh en los labios y le vertió el contenido en la boca.

—Más —graznó Hugh.

No le había quedado nada para tragar. La lengua reseca había absorbido hasta la última gota.

Freddie le dio unas cucharadas más y propuso:

—Esperemos un poco. No quiero darte demasiado de golpe.

Hugh asintió. No supo por qué, pero asintió.

—¿Te duele?

Le dolía, aunque Hugh tenía la extraña sensación de que no le había dolido tanto hasta que Freddie le había preguntado.

—Todavía está ahí, ya sabes —respondió Freddie, y señaló con la cabeza hacia los pies de la cama—. La pierna.

Por supuesto que seguía allí. Le dolía horrores. ¿En qué otra parte iba a estar?

—A veces se siente dolor incluso después de haber perdido un miembro —comentó Freddie rápidamente, con nerviosismo—. Lo llaman dolor fantasma. He leído algo de eso, no sé dónde. Hace algún tiempo.

Entonces, probablemente fuera cierto. La memoria de Freddie era casi tan buena como la suya, y siempre había sentido inclinación hacia la biología. Cuando eran niños, Freddie prácticamente había vivido fuera, excavando en la tierra, recogiendo especímenes. Hugh se había unido a él algunas veces, pero se había aburrido soberanamente.

Muy pronto había descubierto que el interés en los escarabajos no aumentaba con el número de escarabajos localizados. Lo mismo ocurría con las ranas.

—Padre está abajo —anunció Freddie.

Hugh cerró los ojos. Era lo más parecido que podía hacer a un asentimiento.

—Debería llamarlo —añadió Freddie sin mucha convicción.

—No.

Pasó más o menos un minuto y Freddie dijo:

—Toma, bebe un poco más de agua. Has perdido mucha sangre. Por eso estás tan débil.

Hugh tomó unas cuantas cucharadas más. Le dolía tragar.

—También tienes la pierna rota. El fémur. El médico te la ha colo-

cado, pero ha dicho que el hueso estaba astillado. —Freddie se aclaró la garganta—. Me temo que vas a estar aquí inmovilizado algún tiempo. El fémur es el hueso más largo del cuerpo humano. Tardará varios meses en curar.

Freddie estaba mintiendo, Hugh podía oírlo en su voz. Lo que significaba que iba a tardar más que unos meses en recuperarse. O tal vez no lo hiciera. Tal vez estuviera tullido.

¿No sería gracioso?

—¿Qué día es? —preguntó con voz ronca.

—Has estado inconsciente tres días —contestó Freddie, que había interpretado correctamente la pregunta.

—Tres días —repitió Hugh.

Santo Dios.

—Yo llegué ayer. Corville me lo comunicó.

Hugh asintió. No le extrañaba que el mayordomo hubiera sido el encargado de hacerle saber a Freddie que su hermano casi había muerto.

—¿Y Daniel? —se interesó Hugh.

—¿Lord Winstead? —Freddie tragó saliva—. Se ha ido.

Hugh abrió mucho los ojos.

—No, no, no ha muerto —se apresuró a aclarar—. Tiene una herida en el hombro, aunque se recuperará. Se ha marchado de Inglaterra. Padre intentó que lo arrestaran, pero tú todavía no habías muerto...

Todavía. Qué gracioso.

—... y luego... bueno, no sé lo que le dijo Padre. Vino a verte el día después del duelo. Yo no estaba aquí, pero Corville me dijo que Winstead intentó disculparse. Padre no tuvo... bueno, ya conoces a Padre. —Freddie tragó y se aclaró la garganta—. Creo que lord Winstead se ha ido a Francia.

—Debería volver —aseveró Hugh con voz ronca.

No era culpa de Daniel. Él no había exigido el duelo.

—Sí, bueno, puedes discutir eso con Padre —dijo Freddie, incómodo—. Ha estado hablando de darle caza.

—¿En Francia?

—No intenté razonar con él.

—No, por supuesto que no.

Porque ¿quién razonaba con un loco?

—Pensaron que podrías morir —le explicó Freddie.

—Entiendo.

Ésa era la parte más horrible. Hugh lo entendía.

El marqués de Ramsgate no había llegado a elegir un heredero; la primogenitura le obligaría a darle a Freddie el título, las tierras, la fortuna, todo lo que no estuviera vinculado. Pero si lord Ramsgate pudiera haber elegido, todos sabían que habría escogido a Hugh.

Freddie tenía veintisiete años y no se había casado. Hugh estaba perdiendo las esperanzas de que lo hiciera, porque sabía que no había mujer en el mundo capaz de atraer su atención. Aceptaba ese aspecto de su hermano. No lo comprendía, pero lo aceptaba. Sólo deseaba que Freddie entendiera que todavía podía casarse, cumplir con sus responsabilidades y liberarlo a él de toda esa maldita presión. Seguramente habría muchas mujeres que estarían encantadas de sacar a sus maridos de la cama cuando el cuarto de los niños estuviera lo suficientemente lleno.

Sin embargo, el padre de Hugh estaba tan indignado que le había dicho a Freddie que no se molestara en buscar esposa. Tal vez el título tuviera que recaer en Freddie durante unos años, pero teniendo en cuenta lo que lord Ramsgate estaba planeando, terminaría en Hugh o en sus hijos.

Y no porque le hubiera mostrado mucho cariño a éste.

Lord Ramsgate no era el único noble que no veía razón para tratar a sus hijos equitativamente. Hugh sería mejor para Ramsgate, y por eso Hugh era mejor. Punto.

Porque todos sabían que el marqués amaba Ramsgate, a Hugh y a Freddie, precisamente en ese orden.

Y, probablemente, a Freddie no le tuviera ningún afecto.

—¿Quieres láudano? —le preguntó éste de repente—. El médico dijo que podíamos darte algo si te despertabas.

Si. Eso era menos divertido que el *todavía*.

Hugh asintió y permitió que su hermano mayor lo ayudara a adoptar una posición casi sentada.

—Dios, es repugnante —se quejó, y le devolvió la taza tras haber vaciado el contenido.

Freddie olió los restos.

—Alcohol —confirmó—. La morfina se ha disuelto en él.

—Justo lo que necesito —murmuró Hugh—. Más alcohol.

—¿Cómo dices?

Hugh negó con la cabeza.

—Me alegro de que estés despierto —confesó Freddie con un tono que obligó a Hugh a darse cuenta de que no se había vuelto a sentar tras darle el láudano—. Le pediré a Corville que se lo diga a Padre. Preferiría no hacerlo yo, ya sabes.

—Por supuesto —dijo Hugh.

El mundo era un lugar mejor cuando Freddie evitaba a su padre. El mundo era un lugar mejor cuando Hugh también lo evitaba, pero alguien tenía que tratar con el viejo bastardo de vez en cuando, y ambos sabían que tenía que ser él. El hecho de que Freddie hubiera acudido allí, a su antiguo hogar en Saint James, era testimonio de su amor por Hugh.

—Te veré mañana —se despidió Freddie, que se había detenido en la puerta.

—No tienes que hacerlo —respondió Hugh.

Freddie tragó saliva y apartó la mirada.

—Entonces, tal vez pasado mañana.

O al día siguiente. Hugh no lo culparía si no regresaba nunca.

Freddie debió de haberle dado instrucciones al mayordomo de que esperara antes de comunicarle a su padre el cambio en el estado de Hugh, porque pasó casi un día entero antes de que lord Ramsgate irrumpiera en la habitación.

—Estás despierto —ladró.

Fue increíble lo mucho que aquello sonó como una acusación.

—Eres un maldito estúpido —siseó Ramsgate—. Casi haces que te maten. ¿Y por qué? ¿Por qué?

—Yo también estoy encantado de verte, Padre —contestó Hugh.

Se encontraba sentado, con la pierna entablillada extendida hacia

delante, como un tronco. Estaba bastante seguro de que sonaba mucho mejor de lo que se sentía, pero con el marqués de Ramsgate uno nunca debía mostrar debilidad.

Lo había aprendido muy pronto.

Su padre lo miró enojado e ignoró el sarcasmo.

—Podrías haber muerto.

—Eso tengo entendido.

—¿Crees que esto es gracioso? —le espetó el marqués.

—Lo cierto es que no —contestó.

—Ya sabes lo que habría ocurrido si hubieras muerto.

Hugh sonrió sin ganas.

—Para ser sincero, me lo he planteado, pero ¿alguien sabe realmente lo que ocurre tras la muerte?

Dios, era muy placentero ver cómo su padre enrojecía y se congestionaba. Mientras no empezara a escupir..

—¿Es que no te tomas nada en serio? —preguntó el aristócrata.

—Me tomo muchas cosas en serio, pero esto no.

Lord Ramsgate contuvo la respiración y todo su cuerpo tembló de rabia.

—Ambos sabemos que tu hermano no se casará nunca.

—Oh, ¿de eso va todo?

Hugh fingió sorpresa.

—¡No permitiré que Ramsgate salga de esta familia!

Hugh dejó que pasaran unos segundos tras esa explosión de furia y luego dijo:

—Oh, vamos, el primo Robert no está tan mal. Incluso le permitieron volver a Oxford. Bueno, la primera vez.

—¿Eso es lo que pasa? ¿Estás intentando matarte sólo para molestarte?

—Creo que podría molestarte con mucho menos esfuerzo. Y con un resultado mucho más agradable para mí.

—Si quieres deshacerte de mí, ya sabes lo que tienes que hacer —le planteó lord Ramsgate.

—¿Matarte?

—Maldito...

—Si hubiera sabido que era tan fácil, de verdad que habría...

— ¡Cásate con alguna tonta y dame un heredero! — rugió su padre.

— Ya puestos — dijo Hugh con una calma arrolladora —, preferiría que no fuera tonta.

Su padre tembló de furia y pasó un minuto entero antes de que pudiera volver a hablar.

— Necesito saber que Ramsgate permanecerá en la familia.

— Yo nunca he dicho que no me casaré — comentó Hugh, aunque no tenía ni idea de por qué sintió la necesidad de decirlo —. Pero no pienso hacerlo según tus planes. Además, no soy tu heredero.

— Frederick...

— Puede que todavía se case — lo interrumpió Hugh, recalcando cada sílaba.

Pero su padre se limitó a bufar y se dirigió a la puerta.

— Oh, Padre — lo llamó Hugh antes de que se marchara —. ¿Le dirás a la familia de lord Winstead que puede regresar a Inglaterra sin peligro?

— Por supuesto que no. Por lo que a mí respecta, puede pudrirse en el infierno. O en Francia. — El marqués se rió entre dientes —. En mi opinión, es lo mismo.

— No hay ninguna razón por la que no se le permita regresar — expuso Hugh con más paciencia de la que él mismo pensaba que tenía —. Como ambos hemos visto, no me ha matado.

— Te disparó.

— Yo le disparé primero.

— En el hombro.

Hugh tensó la mandíbula. Discutir con su padre siempre había sido agotador, y además ya sentía los efectos de láudano.

— Fue culpa mía — admitió.

— No me importa — replicó el marqués —. Él se ha marchado caminando. Tú eres un tullido que tal vez ya no pueda engendrar hijos.

Hugh abrió mucho los ojos, presa de la alarma. Le habían disparado en la pierna. En la pierna.

— No habías pensado en eso, ¿verdad? — se burló su padre —. La bala alcanzó una arteria. Es un milagro que no murieras desangrado. El médico piensa que la pierna conservó suficiente sangre para sobrevivir, pero sólo Dios sabe qué ha ocurrido con el resto de tu cuerpo.

Tiró con fuerza de la puerta para abrirla y lanzó una última declaración por encima del hombro.

—Winstead me ha arruinado la vida. Bien puedo yo arruinar la suya.

El alcance de las lesiones de Hugh no se conoció hasta pasados varios meses. El fémur sanó. Más o menos.

El músculo volvió a unirse poco a poco. Lo que quedaba de él.

Lo bueno era que todo apuntaba a que todavía podría tener hijos.

Tampoco era que quisiera. O, mejor dicho, no se le había presentado la oportunidad.

Pero cuando su padre preguntaba... o más bien exigía... o mejor dicho, arrancaba de un tirón las sábanas en presencia de algún médico alemán con quien Hugh no querría encontrarse en un callejón oscuro, el joven volvía a subir la ropa de cama hasta bien arriba, fingiendo una vergüenza mortal, y dejaba que su padre pensara que estaba lesionado irremediabilmente.

Y todo el tiempo, durante toda la humillante recuperación, permaneció encerrado en la casa de su padre, atrapado en la cama y obligado a soportar la ayuda diaria de una enfermera cuyo estilo característico de cuidados recordaba a Atila el Huno.

Además, se parecía a él. O, al menos, tenía una cara que Hugh imaginaba que se parecería a la de Atila. La verdad era que la comparación no era muy halagüeña.

Para Atila.

Sin embargo, la enfermera Atila, a pesar de ser ruda y grosera, seguía siendo preferible a su padre, que aparecía todos los días a las cuatro de la tarde, con un brandy en la mano (sólo uno; nada para Hugh) y con las novedades de su persecución de Daniel Smythe-Smith.

Y todos los días, a las cuatro y un minuto de la tarde, Hugh le pedía a su padre que parara.

Que lo dejara.

Por supuesto, no lo hacía. Lord Ramsgate había jurado perseguir a Daniel hasta que uno de los dos muriera.

Por fin, Hugh se recuperó lo suficiente como para abandonar Ramsgate House. No tenía mucho dinero (sólo las ganancias que había conseguido con el juego), pero era suficiente para contratar a un ayuda de cámara y alquilar un piso en The Albany, un edificio londinense conocido por ser habitado por caballeros de cuna extraordinaria y de fortuna ordinaria.

Tuvo que aprender a caminar de nuevo. Necesitaba apoyarse en un bastón para ciertas distancias, aunque podía atravesar un salón de baile él solo.

Tampoco era que frecuentara los salones de baile.

Aprendió a convivir con el dolor, con la molestia constante de un hueso mal curado, con la sensación palpitante de un músculo retorcido.

Y se obligó a visitar a su padre, a intentar razonar con él, a pedirle que dejara de perseguir a Daniel Smythe-Smith. Pero nada funcionó. El marqués se aferraba a su furia con uñas y dientes. Ya nunca tendría un nieto, decía rabioso, y todo era culpa del conde de Winstead.

No importaba que Hugh señalara que Freddie era un hombre sano y que aún podía sorprenderlos casándose. Muchos hombres que preferían quedarse solteros terminaban buscando esposa. El marqués se limitaba a escupir. Literalmente escupía en el suelo y decía que aunque Freddie se casara, jamás conseguiría engendrar un hijo. Y si lo hacía, si gracias a algún milagro lo lograba, no sería un niño merecedor de su apellido.

No, era culpa de Winstead. Se suponía que Hugh iba a proporcionarles el heredero de Ramsgate, y mira cómo estaba. Era un tullido inútil que, probablemente, tampoco podría tener hijos.

Lord Ramsgate nunca perdonaría a Daniel Smythe-Smith, el que una vez había sido el elegante y popular conde de Winstead. Jamás.

Y Hugh, cuya constante en la vida había sido su habilidad para estudiar un problema desde todos los ángulos posibles y buscar la solución más lógica, no sabía qué hacer. Más de una vez había pensado casarse, pero a pesar de que parecía encontrarse en buen estado, siempre quedaba la posibilidad de que la bala lo hubiera dañado realmente. Además, pensaba mientras bajaba la mirada a su pierna echada a perder, ¿qué mujer lo aceptaría?

Entonces, un día, algo chisporroteó en su memoria, un momento de la conversación que había tenido con Freddie después del duelo.

Su hermano había dicho que no había intentado razonar con el marqués, y Hugh había respondido «Por supuesto que no», y se había preguntado quién podría razonar con un loco.

Por fin había encontrado la respuesta.

Otro loco.

Capítulo 1

Fensmore, cerca de Chatteris, Cambridgeshire. Otoño de 1824

Lady Sarah Pleinsworth, que ya era una veterana tras haber pasado tres temporadas sociales infructuosas en Londres, paseó la mirada por el que pronto sería el salón de su prima y anunció:

— Me persiguen las bodas.

Sus compañeras eran sus hermanas pequeñas Harriet, Elizabeth y Frances que, a las edades de dieciséis, catorce y once años, respectivamente, no tenían por qué preocuparse por las expectativas matrimoniales. Aun así, podrían haberle mostrado un poco de compasión.

Eso habría pensado cualquiera que no conociera a las muchachas Pleinsworth.

— Estás siendo melodramática — contestó Harriet.

Le dirigió a Sarah una mirada fugaz y después hundió la pluma en la tinta para seguir con sus garabatos en el escritorio.

Sarah se volvió lentamente hacia ella.

— ¿Escribes una obra sobre Enrique VIII y un unicornio y me llamas melodramática?

— Es una sátira — replicó Harriet.

— ¿Qué es una sátira? — intervino Frances —. ¿Es lo mismo que un sátiro?

Elizabeth abrió mucho los ojos y en ellos apareció un brillo travieso.

— ¡Sí! — exclamó.

— ¡Elizabeth! — la reprendió Harriet.

Frances la miró con los ojos entornados.

—No lo es, ¿verdad?

—Debería serlo —respondió Elizabeth—, ya que tú le has hecho meter un maldito unicornio en la historia.

—¡Elizabeth!

En realidad, a Sarah no le importaba que su hermana hubiera maldecido, pero ya que era la mayor, sabía que debería preocuparse. O, por lo menos, fingir que se preocupaba.

—No estaba maldiciendo —protestó Elizabeth—, estaba expresando mis deseos.

A esa respuesta le siguió un silencio confuso.

—Si el unicornio está sangrando* —explicó Elizabeth—, entonces la obra tiene una posibilidad de ser interesante.

Frances ahogó un grito.

—¡Oh, Harriet! No vas a herir al unicornio, ¿verdad?

Harriet pasó una mano por sus papeles.

—Bueno, no mucho.

El grito ahogado de Frances se convirtió en un grito de terror.

—¡Harriet!

—¿Es posible que las bodas persigan a alguien? —dijo Harriet en voz alta, dirigiéndose a Sarah—. Y si es así, ¿se puede considerar que dos sean un asedio?

—Debería —contestó Sarah enigmáticamente—, si se celebran con solo una semana de diferencia, y si resulta que una está emparentada con una de las novias y con uno de los novios, y sobre todo si la han obligado a ser la dama de honor en una boda en la que...

—Sólo tienes que ser dama de honor una vez —la interrumpió Elizabeth.

—Una es suficiente —murmuró Sarah.

Nadie debería avanzar por el pasillo de una iglesia con un ramo de flores a menos que fuera la novia, que ya lo hubiera sido o que fuera demasiado joven para serlo. Cualquier otra situación era una crueldad.

* *Bloody* puede traducirse como «maldito» y como «sangrante». (*N. de la T.*)

—Creo que es divino que Honoria te haya pedido que seas su dama de honor —dijo Frances con efusividad—. Es tan romántico... A lo mejor puedes escribir una escena así en tu obra, Harriet.

—Es una buena idea —contestó ésta—. Podría incorporar un personaje nuevo. Haré que se parezca a Sarah.

Su hermana ni siquiera se molestó en volverse hacia ella.

—Por favor, no lo hagas.

—No, sería muy divertido —insistió Harriet—. Un detalle especial que sólo conoceríamos nosotras tres.

—Somos cuatro —la corrigió Elizabeth.

—Oh, es cierto. Lo siento. Creo que me estaba olvidando de Sarah.

Ésta consideró que aquello no merecía ningún comentario, pero frunció los labios.

—Mi propósito —continuó Harriet— es que todas recordemos que estábamos aquí juntas cuando pensemos en ello.

—Podrías hacer que se pareciera a mí —dijo Frances esperanzada.

—No, no —negó Harriet, agitando la mano—. Ya es demasiado tarde para cambiarlo. Ya lo tengo todo pensado. El nuevo personaje debe parecerse a Sarah. Veamos... —Empezó a garabatear frenéticamente—. Cabello oscuro y espeso con tendencia a rizarse...

—Ojos oscuros e insondables —intervino Frances entrecortadamente—. Deben ser insondables.

—Con un toque de locura —apuntó Elizabeth.

Sarah se dio la vuelta rápidamente para mirarla.

—Sólo estoy haciendo mi aportación —repuso Elizabeth, recatada—. Y te aseguro que ahora veo ese toque de locura.

—Ya lo creo —replicó Sarah.

—Ni demasiado alta, ni demasiado baja —agregó Harriet, sin dejar de escribir.

Elizabeth sonrió y se unió a la cantinela.

—Ni demasiado delgada, ni demasiado gorda.

—¡Oh, oh, oh, yo tengo una! —exclamó Frances, dando botes en el sofá—. Ni demasiado rosa, ni demasiado verde.

Aquello hizo que todas enmudecieran.

—¿Cómo dices? —preguntó Sarah finalmente.

—No te avergüenzas fácilmente —explicó Frances—, así que rara

vez te ruborizas. Y sólo te he visto vomitar en una ocasión, cuando tuvimos esa travesía tan mala en Brighton.

—De ahí lo de verde —aclaró Harriet con aprobación—. Bien hecho, Frances. Es un comentario muy inteligente. Es cierto que la gente se pone verde cuando tiene náuseas. Me pregunto por qué.

—Por la bilis —respondió Elizabeth.

—¿Tenemos que mantener esta conversación? —quiso saber Elizabeth.

—No entiendo por qué estás de tan mal humor —se quejó Harriet.

—No estoy de mal humor.

—No estás de buen humor.

Sarah no se molestó en contradecirla.

—Si yo fuera tú —dijo Harriet—, estaría flotando. Vas a recorrer el pasillo.

—Lo sé.

Sarah se desplomó en el sofá. Aparentemente, el peso de la última sílaba pronunciada había sido demasiado fuerte como para que permaneciera erguida.

Frances se levantó y se acercó a ella, mirándola por encima del respaldo del sofá.

—¿No quieres recorrer el pasillo?

Parecía un gorrión preocupado, inclinando la cabeza a un lado y al otro con los movimientos cortos y bruscos típicos de los pájaros.

—No en especial —contestó Sarah.

No a menos que no fuera en su propia boda. Pero era difícil hablar con sus hermanas sobre ello; entre ellas había demasiada diferencia de edad, y algunas cosas no se podían compartir con una chica de once años.

Su madre había perdido tres bebés entre Sarah y Harriet; dos habían sido abortos y, el tercero, el único varón que habían tenido lord y lady Pleinsworth, había fallecido en la cuna antes de cumplir los tres meses. Sarah estaba convencida de que sus padres se sentían decepcionados por no tener ningún hijo varón, pero les reconocía el mérito de que nunca se habían quejado. Cuando mencionaron que el título recaería en William, el primo de Sarah, lo hicieron sin refunfuñar. Simplemente, parecían aceptar los hechos tal como eran. Habían hablado

sobre que Sarah se casara con él, para mantener las cosas «claras, organizadas y dentro de la familia», según había dicho su madre, pero William era tres años más joven que ella. Tenía dieciocho años, acababa de empezar sus estudios en Oxford y seguramente no pensara casarse en los próximos cinco años.

Y no había ninguna posibilidad de que ella esperara cinco años. Ni una mínima posibilidad. Ni una fracción de una fracción de una mínima...

—¡Sarah!

Levantó la mirada. Y justo a tiempo. Elizabeth parecía a punto de arrojarle un libro de poesía a la cabeza.

—No lo hagas —le advirtió Sarah.

Elizabeth frunció el ceño decepcionada y bajó el libro.

—Estaba preguntando —repitió (aparentemente)— si sabes si ya han llegado todos los invitados.

—Eso creo —contestó Sarah, aunque, a decir verdad, no tenía ni idea—. No podría asegurártelo sobre los que se están hospedando en el pueblo.

Su prima, Honoria Smythe-Smith, se iba a casar con el conde de Chatteris a la mañana siguiente. La ceremonia se iba a celebrar allí, en Fensmore, el hogar ancestral de los Chatteris en el norte de Cambridgeshire. Sin embargo, ni siquiera la enorme casa del aristócrata podía acoger a todos los invitados que iban a acudir desde Londres; algunos se habían visto obligados a hospedarse en las posadas del lugar.

Como eran familia, los Pleinsworth habían sido los primeros a los que se les habían asignado habitaciones en Fensmore, y habían llegado casi una semana antes para ayudar con los preparativos. O, para ser más exactos, su madre estaba ayudando con los preparativos. A Sarah le habían encargado la tarea de impedir que sus hermanas se metieran en líos.

Y no era nada fácil.

En circunstancias normales, a las chicas las habría vigilado su institutriz, permitiendo así que Sarah atendiera sus obligaciones como dama de honor de Honoria. Pero resultó que su (ahora ex) institutriz se iba a casar en dos semanas.

Con el hermano de Honoria.

Lo que significaba que, cuando las nupcias Chatteris-Smythe-Smith terminaran, Sarah (junto con la mitad de Londres, por lo que parecía) se echaría a la carretera y viajaría desde Fensmore a Whipple Hill, en Berkshire, para asistir al enlace de Daniel Smythe-Smith con la señorita Anne Wynter. Como Daniel también era conde, iba a ser un gran acontecimiento.

Al igual que iba a serlo la boda de Honoria.

Dos grandes acontecimientos. Dos oportunidades para que Sarah bailara y se divirtiera y fuera dolorosamente consciente de que no era ninguna de las novias.

Lo único que ella quería era casarse. ¿Era tan patético?

No, pensó, enderezando la espalda (pero no tanto como para tener que quedarse sentada), no lo era. Buscar marido y ser una buena esposa era lo único para lo que la habían educado, aparte de tocar el piano en el tristemente célebre cuarteto Smythe-Smith.

Y eso, precisamente, era parte de la razón por la que estaba tan desesperada por casarse.

Cada año, como un reloj, las cuatro primas mayores y que permanecían solteras se veían obligadas a reunir sus talentos musicales inexistentes y tocar juntas en un cuarteto.

Y actuar.

Frente a personas de carne y hueso. Que no estaban sordas.

Era un infierno. A Sarah no se le ocurría una palabra mejor para definirlo. Estaba bastante segura de que la palabra apropiada todavía no se había inventado.

El ruido que procedía de los instrumentos Smythe-Smith era indescriptible. Sin embargo, por alguna razón, todas las madres Smythe-Smith (incluyendo la de Sarah, que había nacido Smythe-Smith, aunque ahora era una Pleinsworth) se sentaban en primera fila con sonrisas beatíficas, seguras de que sus hijas eran prodigios musicales. Y el resto de la audiencia...

Ése era el misterio.

¿Por qué había un «resto de la audiencia»? Sarah nunca había podido comprenderlo. Uno sólo tenía que asistir una vez para darse cuenta de que no podía salir nada bueno de una velada musical Smythe-Smith. Pero ella había examinado las listas de invitados; había

gente que acudía cada año. ¿En qué estaban pensando? Tenían que saber que se estaban sometiendo a lo que sólo podía definirse como tortura auditiva.

Por lo que parecía, *sí* se había inventado una palabra para eso.

La única manera que tenía una prima Smythe-Smith de liberarse al fin del cuarteto Smythe-Smith era el matrimonio. Bueno, eso y fingir una enfermedad repentina, pero Sarah ya lo había hecho una vez, y no creía que fuera a funcionar una segunda.

O podría haber nacido varón. Ellos no tenían que aprender a tocar instrumentos y sacrificar su dignidad sufriendo una humillación pública.

Era de lo más injusto.

Pero volviendo al matrimonio... Las tres temporadas que había pasado en Londres no habían sido completos fracasos. El anterior, verano, dos caballeros le habían pedido la mano. Y, a pesar de que sabía que eso significaba otro año ante el piano sacrificatorio, los había rechazado a los dos.

No necesitaba sentir una pasión loca y enfermiza. Era demasiado práctica para creer que todos encontraban el amor verdadero... o que todos *tenían* un amor verdadero. Pero una dama de veintiún años no debería casarse con un hombre de sesenta y tres.

En cuanto a la otra propuesta... Sarah suspiró. El caballero era un tipo extraordinariamente cordial, pero cada vez que contaba hasta veinte (y parecía hacerlo con extraña frecuencia), se saltaba el doce.

Ella no necesitaba casarse con un genio, pero ¿era demasiado tener la esperanza de casarse con alguien que supiera contar?

—Matrimonio —dijo para sí.

—¿Cómo dices? —preguntó Frances, que seguía mirándola desde encima del respaldo del sofá.

Harriet y Elizabeth estaban ocupadas con sus propias actividades, lo que le parecía muy bien, porque Sarah no necesitaba tener una audiencia de once años cuando anunció:

—Debo casarme este año. Si no lo hago, creo que moriré.

Hugh Prentice se detuvo brevemente en la puerta del salón y después sacudió la cabeza y siguió caminando. Era Sarah Pleinsworth, si sus oídos no lo engañaban, y no solían hacerlo.

Otra razón por la que no había querido asistir a esa boda.

Hugh siempre había sido un alma solitaria, y había muy pocas personas cuya compañía buscara deliberadamente. Pero, a la vez, tampoco había mucha gente a la que evitara.

A su padre sí, por supuesto.

A los asesinos convictos.

Y a lady Sarah Pleinsworth.

Aunque su primer encuentro no había sido un desastre aburrido, nunca habían sido amigos. Sarah Pleinsworth era una de esas mujeres dramáticas dadas a la exageración y a las grandes declaraciones. Hugh no solía estudiar los discursos de los demás, pero cuando lady Sarah hablaba, era difícil ignorarla.

Usaba demasiados adverbios. Y signos de exclamación.

Además, ella lo despreciaba. No era una conjetura que él había hecho; la había oído pronunciar las palabras. Tampoco era que le molestara, porque ella no le preocupaba, pero deseaba que Sarah aprendiera a estarse callada.

Como en ese momento. Moriría si no se casaba ese año. De verdad.

Hugh negó con la cabeza. Por lo menos, no tendría que asistir a *esa* boda.

Casi había conseguido librarse de aquella también. Pero Daniel Smythe-Smith había insistido, y cuando él había señalado que ni siquiera se trataba de su boda, Daniel se había reclinado en su asiento y había dicho que era la boda de su hermana y que, si querían convencer al resto de la sociedad de que habían dejado atrás sus diferencias, lo mejor sería que él apareciera con una maldita sonrisa plantada en la cara.

No había sido una invitación demasiado elegante, pero a Hugh no le importaba. Prefería que la gente dijera lo que pensaba realmente. Pero Daniel tenía razón en algo: en ese caso, las apariencias eran importantes.

Cuando los dos se habían batido en duelo tres años y medio antes, se había creado un escándalo de proporciones inimaginables. Daniel se había visto obligado a huir del país y Hugh había pasado un año

entero aprendiendo a caminar de nuevo. Después había pasado otro año esforzándose por convencer a su padre de que dejara tranquilo a Daniel, y luego otro intentando encontrarlo él mismo, cuando por fin se le había ocurrido la manera de hacer que su padre retirara del caso a sus espías y asesinos.

Espías y asesinos. ¿De verdad su vida se había vuelto tan melodramática? ¿Tanto que, al reflexionar sobre las palabras «espías y asesinos» las encontraba relevantes?

Dejó escapar un prolongado suspiro. Había vencido a su padre, había localizado a Daniel Smythe-Smith y lo había llevado de vuelta a Inglaterra. Ahora Daniel se iba a casar, viviría feliz para siempre y todo sería como tenía que ser.

Para todos menos para Hugh.

Bajó la mirada hacia su pierna. Le parecía justo. Él lo había comenzado todo, así que debería ser quien sufriera las secuelas permanentes.

Pero maldición, aquel día le dolía. El día anterior se había pasado once horas en un carruaje y todavía sufría las consecuencias.

La verdad era que no comprendía por qué era tan necesaria su presencia en esa boda. Seguramente, el hecho de que fuera a asistir a las nupcias de Daniel ese mismo mes sería suficiente para convencer a la sociedad de que la lucha entre ellos dos era agua pasada.

Hugh no era tan orgulloso como para admitir, por lo menos en ese caso, que le importaba lo que pensara la sociedad. No le había molestado el hecho de que la gente lo tachara de excéntrico, con más aptitudes para las cartas que para tratar a las personas. Tampoco le había importado haber escuchado por casualidad a una madre decirle a otra que él le parecía un hombre muy extraño, y que no permitiría que su hija lo considerara un posible pretendiente... en el caso de que su hija se mostrara interesada, cosa que, había dicho la mujer enfáticamente, no ocurriría jamás.

A Hugh no le importaba nada de eso, pero lo recordaba. Palabra por palabra.

Sin embargo, lo que le molestaba era que pensaran que era malvado. Que alguien creyera que había querido matar a Daniel Smythe-Smith, o que se había alegrado cuando éste se había visto obligado a abandonar el país... Eso no podía soportarlo. Y si el único modo de

redimir su reputación era asegurarse de que la sociedad supiera que Daniel lo había perdonado, entonces asistiría a esa boda, y a lo que su amigo considerara apropiado.

—¡Oh, lord Hugh!

Se detuvo al oír una voz femenina conocida. Era la novia, lady Honoria Smythe-Smith, que pronto se convertiría en lady Chatteris. En veintitrés horas exactamente, si la ceremonia empezaba a tiempo, en lo que Hugh no tenía mucha confianza. Le sorprendió ver que andaba de un lado para otro. ¿No se suponía que las novias debían estar rodeadas de sus amigas y familiares femeninos, ocupándose de los últimos detalles?

—Lady Honoria —dijo, y cambió la posición del bastón de manera que éste le permitiera hacer una reverencia para saludarla.

—Me alegra mucho que haya podido asistir a la boda —afirmó ella.

Hugh la miró a sus ojos de color azul claro durante unos segundos más de lo que los demás habrían considerado necesario. Estaba bastante seguro de que era sincera.

—Gracias —contestó, y luego mintió—: Estoy encantado de estar aquí.

Ella sonrió ampliamente y el gesto le iluminó el rostro como sólo podía iluminarlo la felicidad verdadera. Hugh no se engañó pensando que él era el responsable de su dicha. Lo único que había hecho había sido ser cortés y, por tanto, evitar hacer cualquier cosa que la apartara de la felicidad que le provocaba la boda.

Simple matemáticas.

—¿Ha disfrutado el desayuno? —le preguntó ella.

Tenía la sensación de que no lo había llamado para preguntarle por el desayuno pero, como debía de ser evidente que había participado en él, contestó:

—Mucho. Elogio a lord Chatteris por sus cocinas.

—Muchas gracias. Es el evento más importante que se ha celebrado en Fensmore en décadas, y los sirvientes están muy nerviosos. Y emocionados. —Honoría apretó los labios, avergonzada—. Pero, sobre todo, están nerviosos.

Él no tenía nada que añadir a aquello, así que esperó a que continuara.

Ella no lo decepcionó.

—Tenía la esperanza de pedirle un favor.

Hugh no podía imaginar de qué se trataba, pero era la novia y, si le pedía que hiciera el pino, entendía que estaba obligado a intentarlo.

—Mi primo Arthur se ha puesto enfermo —dijo—, e iba a sentarse a la mesa principal durante el desayuno de la boda.

Oh, no. No, no le estaría pidiendo que...

—Necesitamos otro caballero, y...

Parecía que sí.

—... pensé que podría ser usted. Nos costará bastante hacer que todo esté... bueno... —Tragó saliva y levantó la vista al techo un momento, mientras buscaba las palabras apropiadas—. Que todo esté bien. O, por lo menos, que parezca estar bien.

Él la miró un momento. El corazón no se le estaba hundiendo; los corazones no se hundían tanto como sentían que los estrujaban de puro pánico, y la verdad era que él tampoco. No había razón para temer que lo obligaran a sentarse a la mesa principal, pero existían todas las razones del mundo para tenerle pavor.

—No es que no esté bien —se apresuró a añadir ella—. Por lo que a mí respecta... y puedo asegurarle que a mi madre, también, le tenemos en gran estima. Sabemos... Es decir, Daniel nos contó lo que usted hizo.

Él la miró fijamente. ¿Qué le había contado Daniel exactamente?

—Sé que no estaría en Inglaterra si usted no lo hubiera buscado, y le estoy muy agradecida.

Hugh pensó que era extraordinariamente cortés que lady Honoria no señalara que él había sido la razón por la que su hermano hubiera tenido que abandonar el país en primera instancia.

Ella sonrió con serenidad.

—Una persona muy sabia me dijo en una ocasión que no son los errores los que revelan nuestro carácter, sino lo que hacemos para enmendarlos.

—¿Una persona muy sabia? —murmuró él.

—Muy bien, fue mi madre —contestó con timidez—, y le confesaré que se lo dijo más a Daniel que a mí, pero me he dado cuenta (y espero que él también) de que es verdad.

—Creo que él ya lo sabe —afirmó Hugh en voz baja.

—Bien. Entonces —planteó Honoria, cambiando bruscamente tanto de tema como de humor—, ¿qué dice? ¿Me acompañará en la mesa principal? Me haría un tremendo favor.

—Me sentiré honrado de ocupar el lugar de su primo —respondió él, y supuso que era verdad.

Prefería nadar en nieve antes que sentarse en un estrado enfrente de todos los invitados de la boda, pero era un honor.

A lady Honoria volvió a iluminársele el rostro; su felicidad brillaba como un faro. ¿Era eso lo que las bodas les hacían a la gente?

—Muchas gracias —dijo ella, aliviada—. Si usted se hubiera negado, habría tenido que pedírselo a mi otro primo, Rupert, y...

—¿Tiene otro primo? ¿Uno al que está dejando en segundo plano por mí?

Tal vez Hugh no se preocupara demasiado por los millones de normas y reglas que había en sociedad, pero eso no significaba que no las conociera.

—Es horrible —contestó ella en un susurro—. Sinceramente, es un hombre terrible, y come demasiada cebolla.

—Bueno, si ése es el caso... —murmuró Hugh.

—Y —continuó Honoria— Sarah y él no se llevan bien.

Hugh siempre medía sus palabras antes de hablar, pero ni siquiera él pudo evitar pronunciar la mitad de la frase «Yo tampoco me llevo bien con lady Sarah» antes de cerrar firmemente la boca.

—¿Cómo dice? —preguntó Honoria.

Hugh se obligó a separar de nuevo la mandíbula.

—No creo que eso sea un problema —comentó, tenso.

Santo Dios, iba a tener que sentarse junto a lady Sarah Pleinsworth. ¿Cómo era posible que lady Honoria Smythe-Smith no se diera cuenta de la idea tan horrible que eso podía ser?

—Oh, gracias, lord Hugh —exclamó Honoria con vehemencia—. Le agradezco enormemente que acceda a ello. Si los sentara juntos (y no habría otro lugar donde sentarlo a él que a la mesa principal, créame, lo he comprobado), sólo Dios sabe cuánto se pelearían.

—¿Lady Sarah? —musitó Hugh—. ¿Pelear?

—Lo sé —se mostró de acuerdo Honoria, malinterpretando sus

palabras—. Es difícil de imaginar. Nunca se enoja. Tiene un maravilloso sentido del humor.

Hugh no hizo ningún comentario.

Honorina esbozó una amplia sonrisa.

—Gracias de nuevo. Me está haciendo un favor enorme.

—¿Cómo podría negarme?

Ella entornó los ojos durante un segundo, pero no pareció detectar el sarcasmo, lo que tenía sentido, ya que ni el propio Hugh sabía si estaba siendo sarcástico.

—Bueno —dijo Honorina—, gracias. Se lo diré a Sarah.

—Está en el salón —la informó él. Honorina lo miró con curiosidad, así que añadió—: La oí hablar al pasar por la puerta.

Como Honorina seguía frunciendo el ceño, dijo:

—Tiene una voz característica.

—No me había fijado —murmuró Honorina.

Hugh decidió que era un momento excelente para callarse y desaparecer.

La novia, sin embargo, tenía otros planes.

—Bueno —declaró—, si está ahí, ¿por qué no viene usted conmigo y le daremos juntos la buena noticia?

A pesar de que era lo último que él deseaba hacer, cuando ella le sonrió, recordó que se trataba de la novia. Y la siguió.

En las novelas fantásticas que Sarah leía por docenas, y por lo que no pensaba disculparse, los presagios no se hacían con ninguna sutileza. La heroína se llevaba la mano a la frente y decía algo como: «¡Oh, si tan sólo pudiera encontrar un caballero que pasara por alto mi nacimiento ilegítimo y mi sexto dedo del pie!»

De acuerdo, aún tenía que encontrar a un autor que estuviera dispuesto a incluir un dedo del pie extra. Pero estaba segura de que resultaría una buena historia. Eso no se podía negar.

Pero, volviendo al tema de los presagios... La heroína haría su apasionada súplica y después, como si algún antiguo talismán lo hubiera convocado, aparecería un caballero.

Oh, si tan sólo pudiera encontrar un caballero... Y ahí aparecía.

Porque Sarah, después de haber hecho esa afirmación ridícula de que moriría si no se casaba ese mismo año, levantó la mirada hacia la puerta. Porque, realmente, ¿no habría sido gracioso?

No se sorprendió al ver que no apareció nadie.

—Hum —dijo—. Incluso los dioses de la literatura han perdido las esperanzas conmigo.

—¿Has dicho algo? —preguntó Harriet.

—Oh, si tan sólo pudiera encontrar un caballero —murmuró para sí—, que me hiciera miserable y me molestara el resto de mis días...

Entonces ocurrió.

Por supuesto.

Lord Hugh Prentice.

Dios altísimo, ¿acaso sus penalidades no iban a acabar nunca?

—¡Sarah! —exclamó Honoria alegremente, deteniéndose al lado de él en la puerta—. Tengo buenas noticias.

Ésta se puso en pie y miró a su prima. Después miró a Hugh Prentice quien, la verdad fuera dicha, nunca le había gustado. Luego volvió a mirar a su prima. Honoria, la mejor amiga que tenía en todo el mundo. Y supo que no tenía buenas noticias. Al menos, no del tipo que Sarah consideraría buenas noticias.

Y Hugh Prentice tampoco las tenía, a juzgar por su expresión.

Pero Honoria seguía radiante de felicidad, y casi comenzó a flotar cuando anunció:

—El primo Arthur se ha puesto enfermo.

Elizabeth prestó atención de inmediato.

—Ésas son buenas noticias.

—Oh, vamos —se lamentó Harriet—. No es ni la mitad de malo que Rupert.

—Bueno, esa parte no es la buena noticia —aclaró Honoria rápidamente, y le dedicó una mirada nerviosa a Hugh, no fuera a pensar que eran una panda de sanguinarias—. La buena noticia es que Sarah iba a tener que sentarse con Rupert mañana, pero ya no.

Frances ahogó un grito y atravesó corriendo la estancia.

—¿Significa eso que podré sentarme a la mesa principal? ¡Oh, por favor, di que puedo ocupar su lugar! Eso sería lo que más me gustaría.

Sobre todo porque la vas a poner en alto, en un estrado, ¿no es así? Estaría por encima de todos.

—Oh, Frances —dijo Honoria, y le sonrió con cariño—, me gustaría que pudiera ser así, pero ya sabes que no hay niños en la mesa principal y, además, necesitamos que sea un caballero.

—De ahí la presencia de lord Hugh —dedujo Elizabeth.

—Estoy encantado de ser de utilidad —afirmó Hugh, aunque a Sarah le resultó evidente que no era así.

—No sabe lo agradecidas que le estamos —comentó Honoria—. Sobre todo Sarah.

Hugh miró a la joven.

Y ella miró a Hugh. Era imperativo que éste se diera cuenta de que, sin duda alguna, no le estaba nada agradecida.

Y entonces él sonrió, ese patán. Bueno, no fue una sonrisa en realidad. Si hubiera sido el rostro de cualquier otra persona, no se le habría llamado sonrisa, pero su semblante solía ser tan pétreo que hasta el más mínimo movimiento de la comisura de los labios era el equivalente de una alegría extrema en cualquier otra persona.

—Seguro que estaré encantada de sentarme a su lado, en lugar de al lado del primo Rupert —auguró Sarah.

«Encantada» era una exageración, pero Rupert tenía un aliento horrible, así que por lo menos se evitaría eso teniendo a lord Hugh a su lado.

—Seguro —repitió lord Hugh.

Su extraña voz era monótona y hablaba arrastrando las palabras, lo que le hacía sentir a Sarah como si la mente le estuviera a punto de explotar. ¿Se estaba burlando de ella? ¿O simplemente estaba repitiendo la palabra para darle más énfasis? No sabía qué pensar.

Era otra peculiaridad que hacía de lord Prentice el hombre más irritante de Bretaña. Si una estaba siendo objeto de burla, ¿no tenía derecho a saberlo?

—No toma cebolla cruda con el té, ¿verdad? —le preguntó Sarah fríamente.

Él sonrió. O tal vez no.

—No.

—Entonces, estoy segura —aseveró.

—¿Sarah? —dijo Honoria, vacilante.

Sarah se volvió a su prima con una brillante sonrisa en el rostro.

No había olvidado aquel momento tan extraño el año anterior, cuando había conocido a lord Hugh. Él había pasado de caliente a frío en un parpadeo. Y, si él era capaz de hacerlo, ella también.

—Vas a tener una boda perfecta —afirmó—. Lord Hugh y yo nos vamos a llevar divinamente, estoy segura.

Honoria no se creyó la interpretación de Sarah ni por un momento. Tampoco Sarah pensaba que lo fuera a hacer. Pasó la mirada de su prima a Hugh y viceversa unas seis veces en un solo segundo.

—Ahhh —exclamó ella, claramente confusa por la situación embarazosa—. Bien.

Sarah mantuvo la sonrisa beatífica en el rostro. Por Honoria, intentaría ser civilizada con Hugh Prentice. Por Honoria, incluso le sonreiría y le reiría las bromas, suponiendo que las hiciera. Aun así, ¿cómo era posible que su prima no se diera cuenta de lo mucho que odiaba a Hugh? Oh, de acuerdo, no era odio. El odio lo reservaba para los enemigos. Napoleón, por ejemplo. O esa vendedora de flores de Covent Garden que había intentado engañarla la semana anterior.

Pero Hugh Prentice estaba más allá de las molestias, de la irritación. Era la única persona (aparte de sus hermanas) que había conseguido enfurecerla tanto que había tenido que agarrarse las manos para no abofetearlo.

Nunca había estado tan enfadada como aquella noche...